

# Luis Villoro en la mente y el corazón

Fue por 1975, cursando el primer año de la licenciatura en filosofía en la recién creada Escuela de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), en Morelia, cuando leí por primera vez un texto de Luis Villoro. De alguna manera tuve acceso a un antiguo ejemplar (el no. 15, de 1960) de *La palabra y el hombre*, magnífica revista de la Universidad Veracruzana, donde publicó su ensayo “Motivos y justificación de la vocación filosófica”. Fue la mejor introducción al significado y valor de la filosofía que pude tener. Me impactó la claridad y transparencia de su pensamiento, esa transparencia que muchos años después iba a constatar que era también un rasgo de su persona toda.

A fines de los 70 leía los artículos que Villoro escribía en *Proceso* sobre la tímida reforma política a la que el gobierno de López Portillo había convocado, en un intento por atenuar, aunque fuera de fachada, el autoritarismo del régimen monopartidista mexicano. Interesado en las discusiones teóricas en torno al tema de la ideología trabajé su texto “El concepto de ideología”, de 1974, para un trabajo escolar de la materia de Teoría del conocimiento. Poco después leí “El concepto de ideología en Marx y en Engels”, de 1979, que marcó desde entonces mi valoración de su postura, equidistante tanto del ideologismo autoritario de algunos marxistas –muy insistente en esa época– como del cientificismo ingenuo de los neopositivistas y analíticos. Años más tarde lo escuché decir que él no era “analítico”, como se prejuizaba en algunos ámbitos académicos. “El análisis lógico del lenguaje es un medio, no un fin en sí mismo”, decía. Insistía, incluso con cierto dejo de molestia, en que el objetivo del filósofo no era reforzar y mantener una doctrina –un sistema de ideas y supuestas verdades– sino comprender la realidad, su propia realidad, y apoyar una praxis social racional y éticamente orientada. Para ese fin era necesario, ciertamente, elaborar un pensamiento lo más consistente y riguroso posible. Villoro era cartesiano: le importaba tener ideas claras y distintas. Pero no desconocía el valor de Marx: había que tener también actitudes y acciones claras y distintas, es decir, una vida coherente y congruente.

En los tiempos en que cursé mis estudios de posgrado (maestría, y luego doctorado) en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM Villoro cumplía diversas funciones institucionales, por lo que no pude tenerlo como profesor. Seguía sus artículos que aparecían en suplementos de periódicos o en revistas especializadas. “El poder no se legitima por la dominación”, su discurso de recepción del premio nacional de Ciencias sociales, publicado en *La jornada* (1986) mostró su clarividente figura de intelectual crítico y comprometido. A principios de los 90 lo conocí personalmente por un Ciclo de conferencias

sobre la filosofía del Renacimiento que impartió en Morelia como parte de sus actividades como miembro de El Colegio Nacional. Los profesores de la Universidad le ofrecimos una cena al término del ciclo en un agradable restaurante que había en la Calzada Guadalupe. Nos sorprendía a todos que a pesar de bordear los 70 años seguía conservando la elegancia discretamente juvenil que lo había caracterizado siempre. Presumía de vigor físico mientras daba fumadas a un cigarrillo y sonreía contento.

Volvió a Morelia en varias ocasiones y paulatinamente me fui acercando a él. Era amable conmigo, como lo era con todos quienes se le acercaran. Para el número 1 de la revista *Devenires* de la ya Facultad de Filosofía “Samuel Ramos” le hice una entrevista en torno a los temas de la filosofía de la cultura, y lo invité a participar como miembro del comité asesor de la revista, lo cual aceptó entusiasmado; también aceptó impartir conferencias y cursos con nosotros. Tenía la convicción, que la había mostrado a lo largo de su vida académica en varias universidades del país, que era necesario apoyar el desarrollo del pensamiento filosófico en México más allá del ámbito capitalino, es decir, que había que fomentar la construcción de una filosofía mexicana verdaderamente nacional. Un espíritu semejante fue el que lo hizo vincularse al EZLN. La rebelión zapatista le permitió, quizá como a pocos pensadores, ser testigo de la realización de su utopía juvenil de una emancipación indígena autónoma y creativa, que pergeñó al final de su libro de 1950 sobre el indigenismo mexicano.

En nuestras conversaciones elegí llamarle “Don Luis” para evitar a la vez tutearlo y la formalidad acartonada del “Doctor”, que no iba con su sencillez y con las bromas que su simpatía me permitía gastarle: como preguntarle cuando lo encontraba: “¿dónde dejó el pasamontaña, Don Luis?”, amable sonreía y movía las manos sobre su cara repitiendo “ah, sí, el pasamontaña, el pasamontaña”. Su modestia se convertía en deposición activa al diálogo horizontal y a la atenta escucha de la voz del otro. Empecé a verlo como un ser humano cuya sabiduría abrevaba del fondo prístino de la vida, de una intuición cristalina y perfecta, que no se limitaba al conocimiento libresco o a una comprensión puramente intelectual del mundo. A principios de este siglo, cercano a los 80 años, sufrió un infarto cerebral que si bien no fue fulminante sí mermó penosamente su salud. Resultaba triste si uno comparaba su nueva condición con la energía vital que desparramaba tiempo antes. Sin embargo, era ejemplar y reconfortante su enérgica decisión a mantenerse activo, vivo. Sus capacidades físicas mermaron, pero nunca su incondicional generosidad y su esencial lucidez. Apoyó con creces mi propio desarrollo profesional y el desarrollo de la comunidad de filosofía de Morelia. La preparación del discurso laudatorio que pronuncié en la entrega del Doctorado Honoris Causa que la UMSNH le otorgó en 2002 me permitió iniciar una

revisión sistemática de su obra y compenetrarme en su pensamiento a fondo. En 2006, gracias a la amable invitación de mi querido amigo Guillermo Hurtado, con quien nos une nuestra admiración por el Maestro, di una conferencia sobre su idea de la otredad en el Seminario permanente del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Don Luis estuvo presente y agradeció amable mi análisis. Para mi sorpresa, dentro de los asistentes se encontraba otro de mis queridos maestros, el filósofo mexicano de origen argentino, Enrique Dussel. Él se sorprendió también al enterarse a través de mi exposición de las múltiples coincidencias que había entre los proyectos filosóficos de ambos (el tema del *otro* en primer lugar), si bien realizados bajo perspectivas y talentos teóricos distintos. Aquella mañana los dos maestros conversaron de forma cordial y respetuosa. Fue un momento revelador y de alguna forma simbólico para la historia de la filosofía latinoamericana.

Don Luis intensificó sus estancias en Morelia. Acostumbraba a recogerlo en su hotel, el Hotel Catedral, en el centro de la ciudad, y nos sentábamos en alguna mesa de los portales a tomar café y conversar largamente. Tenía dificultades para caminar, pero había observado que adusto y firme como era le molestaba que se le tratara de sostener. Resolví el problema caminando muy cerca de él para que en el caso que lo requiriera pudiera apoyarse en mí. Ciertamente, distraído como soy, a veces más bien era yo el que necesitaba apoyarme en él al tropezar con alguna cantera desgastada. ¡Por suerte nunca caímos de plano! Mientras platicábamos permitía yo que un bolero insistente me arreglara los zapatos. Don Luis usaba tenis. El bolero escuchaba casi con reverencia a aquel viejo que parecía poseer una sabiduría legendaria y portentosa. Si le hacía yo alguna pregunta sobre ideas expuestas en sus primeras publicaciones (de fines de los 40 del siglo pasado), Don Luis me respondía: “¿Cómo te acuerdas tú de eso? Yo no me acuerdo”, y encogía los hombros esbozando una leve sonrisa. Le insistía con otros temas de su obra. “No, no, deje eso Teo, póngase a leer a otros, a los importantes de la filosofía”, me decía con esa modestia que caracterizó su vida y persona. “Usted es parte de los importantes de la filosofía, Don Luis”, le contestaba. Chistaba y movía la cabeza de un lado a otro. Hubo intentos de desavenencia entre nosotros, pero no prosperaron porque no tenían su causa en ninguno de los dos. Nuestra amistad se rigió siempre por un categórico y sincero sentido del respeto mutuo.

En 2007 se fundó el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Como principal promotor del nuevo organismo me permití proponer a la comunidad universitaria darle el nombre de Luis Villoro (en un acto de amorosa generosidad Don Luis nos había donado parte importante de su biblioteca). Todos estuvieron de acuerdo con la propuesta. Se la comuniqué a Villoro en el café acostumbrado.

Inmediatamente la rechazó. Recuerdo su expresión vehemente: “No, Teo, discúlpeme, pero no puedo aceptar eso”. Y abundó: “Mi vida siempre ha tenido sentido por el otro, no por mí o para mí. Sin el otro no soy nada”. Lo escuché atento y pensé rápido: “Don Luis, usted es nuestro *otro*. Nuestra vida y la vida de muchos en este país ha tenido sentido y tiene sentido gracias a usted”. Guardó silencio, una leve emoción parecía mostrarse en su rostro. Optó por cambiar de tema. Me preguntó entonces: “¿Cómo van las cosas en Michoacán? ¿Qué ha pasado con los purépechas de Cherán?”.

Villoro iba acercándose a los 90 años y sus facultades disminuían progresivamente. Fallaba su memoria, su uso del lenguaje. Olvidaba cosas de las que acabábamos de hablar o me repetía insistente la misma pregunta, como si nuestra conversación se detuviera en el tiempo o girara en un círculo sin fin. Sin desesperarme le repetía cada vez la misma respuesta. “Sí, sigo de director”. “Sí, sí, mi hijo estudia historia”. “Sobre Merleau-Ponty, sí”. Una vez reflexionó acerca de la muerte. “Yo creo que no hay nada después. Al morir –levantó y movió los brazos– uno se disuelve y reintegra al ciclo del cosmos”. Quizá por estas palabras no lo recuerdo con tristeza. Siento su viva presencia en mis pensamientos, en sus libros que siempre tengo a la mano, y al contemplar el paisaje floreciente veo que él sigue de alguna manera ahí, aquí. Su muerte sólo hizo que su presencia se volviera plena. Falleció a la edad de 91 años, el 5 de marzo de 2014, un mes antes de que diera inicio en Morelia el XVII Congreso de la Asociación Filosófica de México. Alcanzamos a dedicar el evento a su memoria.

En los últimos encuentros que tuvimos me concentraba en las conversaciones con él, seguía atento sus dificultades para recordar y articular y le ayudaba anticipando la palabra que él no atinaba. Repetía un poco sus gestos y sus movimientos de los labios y de las manos, haciendo como un espejo que según mi percepción le permitía superar los titubeos y los olvidos y avanzar en la plática. Me desconcertaba esta función, pero no renunciaba a cumplirla. Sentía que me perdía en aquel juego de espejos, donde, como al caminar juntos, ya no sabía si yo le daba apoyo a él o él me lo daba a mí. Una vez que llegué a su Hotel en Morelia le marqué desde la recepción a su habitación. Me contestó alegre como siempre: “Teo, qué gusto, ¿cómo estás? Pero ¿dónde estás? ¿Estás aquí en Ciudad de México?”. Me trastornó su respuesta y sentí un leve vértigo de confusión que me llevó a decir nervioso: “Ah..., no, este, yo estoy aquí en Morelia, y usted, ¿dónde está?”. Fue nuestra consagración como filósofos puros, es decir, como filósofos que solo saben que no saben nada...

Ésta y otras anécdotas me han hecho sentir desde hace tiempo que llevo a Don Luis no sólo en mis pensamientos o en mis recuerdos precisos sino en lo más profundo de mi conciencia, y sí, también de mi corazón.